

EL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1513

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

La leyenda con sus blandas tonalidades sustituyó a la realidad vigorosa en las preocupaciones del hombre antiguo, de suerte que ella inspiró sueños inalcanzables a las gentes de edades harto distantes de la nuestra, forjó personajes y sucesos espléndidos, trazó rumbos espirales a la imaginación y formuló expresiones numerosas acerca de cuanto ignoraban las inteligencias de entonces y se hallaba escondido a sus miradas asombradizas. Pero llegó un día de 1492 en que la realidad reemplazó a la leyenda, pues el 12 de octubre las pupilas castellanas adivinaron sobre la línea del horizonte antillano algunos retazos de tierra, esparcidos como si fuesen tapices orientales, sobre las ondas movibles del Mar Tenebroso.

A Cristóbal Colón hemos tributado sin límites los homenajes sumos debidos a su categoría espiritual y a su carácter moral. La presencia del Almirante de las Indias en la isla de Guanahaní significa la instauración del pensamiento cristiano en medio de gentes que ninguna cosa alcanzaron jamás acerca de la Grecia clásica, ni de la Babilonia florecida, ni del imperio colosal de los Césares. El estandarte de Castilla fue visto por los aborígenes de las Lucayas como un girón flotante al viento que acariciaba su naturaleza, pero en realidad significaba una salutación del pasado de Europa al porvenir insospechado de América.

El 25 de septiembre de 1513 completa felizmente el 12 de octubre de 1492, en los mismos términos en que Vasco Núñez de Balboa completa a Cristóbal Colón. Ambos señalaron con una espada toledana y con un pabellón tejido por diestras manos femeninas, el emblema de los tiempos nuevos, esto es aquellos en que la historia aventajaría a la imaginación de más potentes vuelos, y en que las aventuras de los conquistadores superarían largamente aquellas otras enaltecidas en los poemas del archipiélago mitológico.

Sorprendidos y absortos se encontraban los hombres del Orbe Viejo con las informaciones recibidas de modo constante acerca de las provincias del Orbe Nuevo, cuando escucharon mensajes increíbles sobre el hallazgo de una extensión marina cuyas proporciones eran insospechables. Las Antillas habían prolongado por momentos su delgada silueta ante las embarcaciones españolas, de suerte que los castellanos se vieron colocados en medio de un archipiélago múltiple por las frondas de sus bosques y por la gracia movable de sus palmeras. Los seguidores de Balboa en sus an-

danzas por las montañas ásperas del Istmo de Panamá fueron hermanos en todo, y en todo semejantes, a los morenos aldeanos que acompañaron a Colón en la primera de sus expediciones.

Para nosotros es fácil ahora suponer una nave de gruesos maderos quejumbrosos y de velas sacudidas por fuertes brisas atormentadas, y verla surcando las aguas encerradas entre las islas de Borneo y las playas peruanas, o entre los acantilados de Buenaventura y las costas opulentas a donde van a morir el Bramaputra con su corriente dominadora y el Ganges con sus aguas sagradas. Para nosotros no tiene dificultad alguna suponer el viaje de una embarcación desprendida del océano Indico y orientada hacia el mayor de los océanos; pero los hombres de ciencia y los geógrafos más autorizados del siglo XVI apenas podían comprender vagamente cómo serían las venideras excursiones marítimas y cómo se habrían de desenvolver sobre aquella superficie de proporciones no imaginables los movimientos de los más audaces aventureros. Nosotros estamos acostumbrados ya a la redondez de la tierra y, por ello, dificultosamente nos damos cuenta del esfuerzo de los antiguos para precisar estas cosas y definir otras varias de la naturaleza visible.

Completó Balboa la esfera que soporta y explica nuestras inquietudes, mediante la afortunada odisea del 25 de septiembre. Pero hemos de advertir, al hablar de estos puntos, un fenómeno harto simple, y de líneas sencillas sin comparación: a las conversaciones de las villas cortesanas o de los poblados rústicos tardó muchísimo en llegar el conocimiento de la realidad que tan gravemente dejaba atrás a la leyenda clásica; los geógrafos pudieron dibujar por fin en las cartas una circunferencia, y sobre sus puntos más señalados fijar con aproximación algunas comarcas más o menos cercanas a sus conocimientos iniciales. Pero los caballeros titulados en sus casonas, y los nobles en sus alcázares, y los señores en sus castillos, y los monjes en sus conventos, y los labradores en sus cortijos, y los alcaldes en sus torreones y fortalezas, no pudieron entonces entender cómo podían las gentes andar sobre los caminos de la tierra sin que sus plantas se desprendieran de ella, y cómo podían alzarse hacia el cielo las olas de los mares sin que el agua salpicara los bordes de los abismos.

En tales momentos la ciencia, como en tantos otros de los anales de la humanidad, recogió primero el oro de las mayores adquisiciones intelectuales y se enriqueció con su opulencia imperial. Posteriormente el hombre común recibió aquellos dones, no sin que dejara de sentirse huérfano de las dádivas de la imaginación exultante y de los veneros inagotables de la fantasía deslumbradora.

Para el rústico y destripaterrones, ordinario y supersticioso, de los siglos XVI y XVII, eran preferibles las pláticas asordadas acerca de los misterios de la creación, a los datos severos, definidos y exactos en cuanto a las cualidades de la tierra y al contenido de los mares interminables. Dialogar en noches de invierno, a la pálida luz de un velón humeante y bajo la sombra de un alero propicio, fue afición preferida entre muchas por trajinantes y escuderos, en el empeño de detenerse en el umbral de cuanto ignoraban sus entendimientos apacibles. No se les ocurría en manera alguna asomarse a la realidad para adoctrinarse con ella, ni contemplar los seres esparcidos al rededor de su capote y su cayado para aprender sus altas lecciones.

Se ve muy bien que les costaba trabajo abandonar las consejas tradicionales y desvincularse de los conceptos inasibles y arcanos. Tan fundado es lo que decimos, que la imaginación de las gentes comunes tomó sin recelo varios elementos de la realidad americana y los dotó de cualidades que por algún lado se alejaban de ella. A tal extremo necesitó ese hombre antiguo de quien hemos hablado, completar lo que veía desde Colón y Balboa, con lo soñado por sus antepasados en los más vagos sueños.

Cuando los navegantes perdieron el miedo al mar que nunca se borra-
ba, fue posible continuar las tareas descubridoras iniciadas por el famoso
genovés cuyo nombre constituye uno de los hitos de la civilización.

Magallanes descubrió ocho años después del viaje memorable de Bal-
boa, esto es en 1521, las islas oceánicas de los Ladrones. Ellas demostra-
ron a los nautas las grandes posibilidades existentes sobre la superficie
del Pacífico. El inquebrantable capitán portugués trazó con su terquedad
un camino seguro a quienes deseaban darse cuenta minuciosa, detenida y
precisa, de las circunstancias geográficas del planeta.

El descubrimiento de los infinitos fragmentos a quienes llamamos
Oceania fue posible debido a importantes factores, uno de los cuales está
condicionado por la incorporación de Balboa el 25 de septiembre, a la
historia universal. Españoles y portugueses, descendientes los unos de la
sabiduría náutica de los hermanos Pinzón, y los otros de Vasco de Gama
y Magallanes, dilataron los dominios de la ciencia geográfica y multipli-
caron los recursos de la humanidad en su marcha por caminos de pro-
greso y por rutas de crecimiento colectivo.

Un holandés de nombre Guillermo Jansz se lanzó a las ondas desco-
nocidas, y alcanzó en 1605, a comienzos del siglo XVII, el continente deno-
minado Australia. La personalidad de este navegante ha sido universal-
mente apreciada, no menos que las capacidades de los marinos Mendaña,
Torres y Quirós, a quienes citamos como si representaran ellos a la cuan-
tiosa legión de sus compañeros en los afanes y en las fatigas esforzadas.

A mediados del siglo XVII una isla de proporciones inmensas se re-
veló a las absortas miradas del mundo científico: fue Tasmania, hallada
por aquel gallardo holandés que la ofreció a sus príncipes con el mismo
ademán dadivoso con que los castellanos viejos ofrendaban a los reyes de
España el arduo fruto de sus aventuras gigantescas. Con todo, fue tan
lento el avance de los hombres en aquellos lugares, que solo en 1799 fue
determinada la forma de Tasmania, siendo así que su descubrimiento ha-
bía ocurrido en 1642.

La Melanesia y la Polinesia constituyen partes esenciales de la Ocea-
nia. Largo sería entrar a enumerar a quienes completaron con sus explo-
raciones la acción empezada por Vasco Núñez de Balboa en la fecha re-
cordada por nosotros, reunidos aquí y aquí protegidos por los números
del valor, de la voluntad y de la ciencia.

Excelente resulta aprovechar estos instantes para recordar a cuantos
laboraron sobre las azules aguas inciertas, en el empeño de completar la
redondez de la tierra, y de trazar sobre sus lomos una historia superior
en su contenido y magnificencia a los anales de la fábula.